

MUSEO BALEAR

DE

HISTORIA Y LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

CRÍTICA ARQUEOLÓGICA

(CONCLUSIÓN)

La investigación arqueológica no puede ser jamás tarea vulgar: es un placer exquisito reservado á los espíritus selectos, y que solo puede transcender á la muchedumbre disuelto en la ténue atmósfera de la moda que penetra hasta en las más recónditas moradas: es un trabajo inteligente que requiere general y sólida cultura, sobre dotes naturales privilegiadas, á fin de conseguir resultados que valgan para la humanidad algo más que el goce individual ó la vana ostentación de poseer desconocidas riquezas.

Tampoco debe ser fruto del solo entusiasmo instintivo, que si como resorte que impulsa puede fortalecer el ánimo, divaga, se extravía y se pierde en las múltiples vías de la meditación retrospectiva, si un luminoso criterio no le se-

Segunda época.—N.º 7.—1.º Agosto 1884.

ñala los escollos. Nace de esta irreflexiva admiración de los tiempos que fueron, cierta fanática idolatría que así adora las pequeñeces y las miserias antiguas, como las más exquisitas grandezas, sin observar que si el perfume de la antigüedad realza las genuinas bellezas del arte, no puede dar valor alguno al objeto que nació menguado ó defectuoso. Parodiando cierto principio jurídico pudiéramos decir aquí: «*Quod ab initio miserum est, tractu temporis nitescere non potest.*» Solo la recta crítica arqueológica de cuya importancia aspiro á convencerlos, puede templar el ardor con que el anticuario incauto se extasía á veces á la vista de obras tan mezquinas, que si lo fueran de sus tiempos, ni atraerian siquiera su mirada. No se arguya con el valor histórico que como indicio pueda tener el mas insignificante fragmento; concédasele en buen hora; que nada tiene de comun la apreciación del dato, con la admiración del monumento, y el error señalado es una alucinación estética ocasionada por la distancia, la cual violando los fueros de la belleza permanente y absoluta, la pospone á la relativa y transitoria.

Fué cuestión literaria la de preferencia entre los antiguos y los modernos escritores, como si la cronología determinara la mayor ó menor potencia creadora de los ingenios, ó si fuera injusticia del criterio conceder á una obra reciente mérito superior al de las añejas. Tan léjos está de ser cierta la decadencia progresiva de la perfección de las obras humanas, como la pretendida ley de su creciente mejoramiento. No ha revelado aun la Providencia su secreto: ella esmalta estos ó aquellos siglos con seres privilegiados y con obras inmortales, como esparce las piedras preciosas, ya entre las peñas rudas, ya bajo el suelo matizado de las florestas.

Prevenamos también al anticuario contra el desden hacia los trabajos contemporáneos, que es otra fase de la alucinación ya combatida. Si la novedad no es elemento intrínseco de belleza, tampoco es argumento de fealdad, ni razón de desvío; ya que el hábito embota la repugnancia hacia lo defectuoso, de igual modo que la atracción de lo bello. No debemos preciar menos el capullo que la rosa, ni condenar solo por desconocidas las nuevas formas que aparezcan en las artes, pues si aciertan á ser esencialmente bellas, no sería justo fallo dilatar su aprobación hasta que la sanción del tiempo la confirmara. La poesía y el pincel tienen hoy, por ejemplo, reconocida la belleza de las nuevas formas que el vapor ha dado á los buques y la bullidora estela de sus ruedas, y su cabellera de humo reemplazan las imágenes del leño frágil y la pintoresca vela. Es exigencia de la justicia no tener por vinculada la hermosura en los capacetes enmohecidos ó en los capiteles desenterrados, puesto que el título más eficaz que alegan á la admiración artística las esculturas griegas es la belleza absoluta de sus contornos, y no el interés que les añade la série de siglos á cuya acción han resistido.

—

La exactitud de la valoración estética de las antigüedades, en nada estorba el justo aprecio de su importancia histórica. Por lo contrario, nunca debe perderse de vista que las recolecciones de la arqueología son tesoros que esta debe ofrecer como tributo á la historia. Y en verdad: la reconstrucción ideal de las edades extintas, solo puede completarse reuniendo sus vestigios dispersos, los cuales adquieren valor en cuanto significan ó representan rasgos fisionómicos de su vida. Para tal discernimiento requiere

el espíritu crítico que os recomiendo, más delicado y certero todavía que cuando se aplica á aquilatar obras del arte.

La crítica arqueológica en sus relaciones con la Historia adquiere toda la importancia de una rama científica destinada á depurar la verdad entre el revuelto laberinto de las conjeturas. El arqueólogo porfía contra la ley destructora del tiempo, como el campesino se arriesga en las riberas inundadas donde la caudalosa corriente arrastra los restos del cultivo traídos entre sus olas desde lejanos prados, y con pié vacilante y codiciosa é insegura mano vá disputando á las aguas, ramos, aperos y cosechas. No de otra suerte la corriente irresistible de las edades, lima, desgasta, socava y derrumba todos cuantos monumentos edifica la humanidad para eternizar sus pasajeras memorias. Todo acaba: el pergamino carcomido y hecho polvo: apolillados los lienzos y las tablas, corroido el hierro, pulverizado el mármol. Los hechos y los recuerdos que se confían á tan deleznable custodios llegan á caer en las profundidades del olvido y la tradición y la historia son impotentes para eternizarlos. Sin embargo el paciente arqueólogo revuelve el inmenso *de-tritus* en que yacen amontonados y superpuestos como las capas geológicas los vestigios multiformes de la antigüedad; laureles y coronas, almenas y bustos, armas y pinceles, páginas y joyas, y afanoso por recoger y salvar aquellos tesoros, lucha contra la corriente que le arrastra, y casi pudiéramos decir que camina en dirección contraria á la de la humanidad.

Al admirarnos de la tenacidad de sus esfuerzos, dirijámosle algunos prudentes consejos, no para retraerle de su meritoria tarea, sino para hacerla más fecunda. Convencido de que toda obra humana, siquiera sea monumental, es

transitoria y caduca, debe someterse á la ley destructora, pero divina, del tiempo, y consentir en que las más perennes se transformen ó desaparezcan cuando se haya cumplido su destino ó el plazo de su natural duración. Loables son sus esfuerzos para dilatar la vida del monumento histórico: pero llegada su hora, es forzoso resignarse á salvar sus restos, y cuando estos acaben, á prolongar su sola imagen ó su recuerdo. Estas transformaciones sucesivas conservan la memoria de los séres y de los objetos queridos al extinguirse su primitiva esencia. Cuando los arcos de Trajano ó Constantino ó los patios de la Alhambra se arruinen, sepultados sus fragmentos en los museos, serán aun testimonios de su grandeza, y al desaparecer los museos, quedarán descripciones y diseños hasta que á su vez lleguen estos tambien á borrarse de la memoria de los hombres.

Sométase igualmente el anticuario á las incógnitas leyes de la Providencia que permiten la destrucción de los recuerdos históricos por las humanas revoluciones. Genserico y Atila devastaron el mundo romano, así como las lavas del Vesubio habian asolado á Pompeya. Si el hombre es elemento que destruye, es á la vez agente que funda y edifica, cual el aire que troncha y desarraiga los árboles robustos, vivifica y acrecienta sus lozanos retoños. Cuando lamentamos que de nuestra Mallorca y casi de España entera extirparan los restos árabes las guerras de reconquista; cuando lamenta el egipcio moderno al pié de sus Pirámides y esfinges la extinción de las dinastías de los *Cheops* y de los *Nechoas*, debemos todos reconocer que las devastaciones de la guerra son otros tantos límites providenciales puestos á la perpetuidad que ambicionamos para nuestras delezna-
bles instituciones.

Ceñido á tales límites el arqueólogo, indague, investigue y propóngase como objeto el hallazgo y conservación, no de todos los residuos de la vida pasada, sinó de aquellos solos que caractericen la fisonomía social, que representen las costumbres, que ilustren la sucesión de los hechos exteriores, ó sinteticen la constitución interna. Dejemos á las olas sepultar las inútiles járcias y los mástiles de la nave náufraga, pero salvemos sus registros y su bandera si pretendemos averiguar su origen y su pátria. Es el afán de recogerlo todo una rémora para el necesario discernimiento y una ocasión de error ó duda. Modérase este defecto hijo del celo extraviado, si se tiene previamente formada la clasificación metódica de las instituciones del pueblo cuya historia se estudia. Entónces cada objeto, cada fragmento pasa á ocupar su lugar útil y significativo; entónces se antepone el símbolo esencial al recuerdo accesorio, y no se confunden las que fueron usanzas perennes, con las que no pasaron de mudables vicisitudes.

Si es tan árdua empresa conocer la sociedad en que vivimos, ¿qué será remontarnos á penetrar en la vida íntima de naciones tan distantes por el espacio y por el tiempo, coleccionar sus leyes, deslindar el poder de sus soberanos, escudriñar el secreto de sus creencias, examinar sus armas, numerar sus riquezas, desplegar sus trages, modular sus cantos, y graduar la intensidad de sus placeres y sus duelos? Para tarea tan compleja, poco es el más delicado discernimiento y débiles los auxilios de la crítica. El más acendrado amor á la verdad tropieza con equívocos indicios. La cronología carece de medios para señalar siempre con precisión y á veces con aproximación las épocas. Las semejanzas de formas, de signos, de nombres, confunden el juicio más

sensato: las lagunas, las interrupciones truncan el hilo de la deducción; las falsedades irritan: los yerros desalientan, y la conciencia no permite acoger las suposiciones que se goza en formar la fantasía.

Por esto la recta interpretación de los fragmentos antiguos confiada al arqueólogo requiere en éste la más severa lógica, como guía de una inteligencia perspicaz, y un caudal de sensatez que evitándole decisiones arbitrarias le traiga constantemente á la memoria la especialidad del fin á que se dirigen y contraen sus tareas. Si deslinda una fecha, si descifra una leyenda, si identifica un personage, si restaura un códice, ha conseguido el objeto de sus modestos afanes. El historiador utilizará despues sus descubrimientos, y se elevará por sublimes inducciones al conocimiento del mundo moral de otras edades, apoyado en la reconstrucción del mundo material realizada por la arqueología.

—

Íntima es la hermandad de estas dos ciencias de lo pasado, por más que cada una se mueva en su esfera propia; esta buscando, describiendo, comprobando, dilucidando: aquella calificando, exponiendo, infiriendo y aplicando. Ámbas conspiran á iluminar las vias del linage humano con los resplandores del sol de ayer, para que no le deslumbré la claridad imprevista de la aurora de mañana. Una y otra inspiradas por el mismo sentimiento de amor á lo que ha sido, celosas por las glorias de la belleza y el arte, sedientas de la pureza de la verdad, proceden en sus laboriosas tareas con la misma sagacidad y exigente discernimiento: ámbas solicitan de la crítica el seguro timon para no desviar su rumbo: ámbas reprimen y contienen sus afanes ciñéndose á los límites que el órden eterno les impone,

pero en heróica lucha contra el tiempo, ámbas prometen al hombre la más seductora de las recompensas terrenas, la de dilatar su efímera existencia con memorias perennes que la asemejan á la inmortalidad.

Yo admiro, Señores, á la Arqueología y á la Historia, porque con su tenaz mirada retrospectiva alejan el horizonte de lo pasado, así como la Astronomía se levanta á las inmensidades del espacio con la audacia de sus telescopios. Ellas entre las tinieblas que obscurecen los siglos primitivos se afanan por trazar los pasos de la creación y reanudar la truncada sucesión de las edades. La idea sublime del tiempo dá magnitud al ideal que acarician, no ménos que la sublimidad del espacio engrandece las indagaciones de los cuerpos celestes, y con no menor evidencia que el astrónomo, más allá de las últimas esferas de las nebulosas, el historiador y el anticuario, más allá de los límites del tiempo, están seguros de hallar la omnipotente mano del divino Creador.

JOSÉ LUIS PONS.

LES BAMBOLLES

III

Na Margalida era s'única persona que desiara se recordava de les proves d'estimació qu'havia rebudes d'en Geroni; perque tot quant havia dit aquest á n'en Tomeu era ben cert. Aquella confessió d'amich, causa de la seua desgracia, era la pura veritat; mes na Margalida que coneixia bé les bones qualitats d'el seu difunt estimat, y que sabia qu'era capás de gordar un secret fins á la mort, no creya que hi hagués ningú en el mon, llevat del mateix Geroni, qu'estigués enterat d'aquell desgraciat amor, correspost y alimentat dins el misteri, ab motiu de la diferencia de posició social que hi havia entre en Geroni y na Margalida.

Si aquesta hagués cregut possible qu'en Tomeu sabés aquelles secretes relacions s'haurian afirmades dins son cor les petites sospites que tenia de que no fos ell el matador del seu primer estimat; pero estava segura de sa prudencia d'en Geroni y may hauria anat á pensar que les mates tenguessen ulls y les parets orelles; ni qu'en Tomeu, que contava ab la aprobació dels pares de na Margalida, y que vertaderament l'estimava, maldement aquesta no li correspongués més que de paraula per compromís de familia, ni cregués ab aquest

amor d'en Tomeu, tengués sa passió tan forta per ella que fos capás de sofrir fret y serena per posarse al aguayt en la nit, fins en el punt de lograr sorprendre una de les seues entrevistes ab en Geroni.

Cuant aquest fonch mort, continuá en Tomeu anant á la casa lo mateix qu' abans y com si tal cosa; y en que na Margalida no li fes de totduna mes cas que el que sempre li solia fer, per donar gust á sos pares; no per axó deixá éll de tenirli les atencions possibles, y de obsequiarla més que may, contant ab que, havent llevat l' obstacle principal, el temps acabaria per conquistarli del tot el cor de na Margalida.

Axí va esser. La pubila s'aná, consolant en silenci de aquell soscayre y apoch apoch arribá á sentir p'en Tomeu part del amor qu' havia sentit per l' altre, encara que no ab un grau tan elevat.

Les seues converses eran més animades qu' abans, y alguna qu' altre volta, que caya bé, na Margalida parlava d'en Geroni y recordava ses seues bones cualitats. Arribá empero á notar qu' en Tomeu cada vegada que sentia el nom d'en Geroni distreya el seu pensament un curt rato acabant per fer una mitja rialla casi imperceptible, com si á dins la seua memoria hey recordás algun fet alegre ó ridícul per éll; més no per axó maliciava na Margalida res que pogués confirmar aquelles lleugeres sospites que tenia, ni tractava tampoch d' escudrinyar el significat ocult de aquella rialleta.

Vengueren les festes de Nadal, y en Tomeu y na Margalida, que de cada dia havian afajit busques á les seues relacions y fermada mes fort la seua correspondencia amorosa, comensaren á tractar de donar els noms y d' escriure el titlet

y de fer les seues novianses. Per dins la vila comensá també á haverhí altre vegada motiu per armolá la garrova, y no 's parlava d'altre cosa més que dels vestits de seda de la novia, y de la caixa de cor de nogué que li feya fer son pare; del cordoncillo de noueta, creu esmaltada y botonada de pedres de Vich que li regalava sa mare, y del gros dinar qu' havian de donar tan richs y acomodats amos el dia de les novianses qu' havian de ferse pera Cap d' any per alló d' aquell adagi mallorquí que diu: «Any nou, vida nova.»

Prest arribá tan bon dia y va essé una cosa digne de veurerse la processó de carros ben envelats y plens de verdes canyes qu' acompanyavan el de la novia y la cualcada de hermosos cavalls, ben ensellats á la mallorquina, dels que acompanyavan el d' en Tomeu, que fent coua seguian el carro ahont anava la pubila ab los seus pares; y més de veure va essé encara la gran taula qu' estava aparellada dins la casa gran de Son Rossinyol ahont acudiren més de cent convidats de tota casta, enlestits ab lo vestit dels Diumenjes; y entre ells hi havia aquell pobre vell, el Sen Miquel, que com á veynat fonch un de tants.

Succehí que quant dinavan, tots contents y alegres, se posá á ploure; y allá á la clasta de la possessió s' hi veyan les canals de les teulades que retjavan aygua á balquena y omplian l' empedragat de bambolles. Na Margalida, com era del cas, tenia l' atenció posada demunt el seu novell espós, y va notá qu' aquest, totduna que comensá á ploure fort, mirantse l' aygua que corria per la clasta, concentrá son pensament un curt instant y acabá per fer aquella mitja rialleta que tenia de costum. Pensava llavors na Margalida en sí mateixa:

—Quina cosa deu esser ara la qui 'l distreu. Aquesta

vegada no ha estat el nom d'en Geroni el qui l'ha posat misteriós y pensatiu; sinos un altre objecte que jo no sé. ¿En no esser que sia l'aygua que plou?

Y per veure si aquesta idea se confirmava li digué:

—Mira, Tomeu. Ab un parey d'ayguetes com aquesta, compartides d'aquí al estiu, ja tendrem la cullita assegurada.

—Es veritat (contestá á les seques son novell espós.)

—Y si va á dir ver, (continuá el Sen Miquel, mirant ab dissimulo al novi qu'estava á l'enfront seu) maldement haja fet brusques dins el Novembre passat, se pot dir aquí y á un altre lloch, que aygua de bambolla com la qu'ara fa, no l'haviam tornada á veure desde el dia de Santa Rosa.

—Pareix que teniu bona memoria, Sen Miquel, cuant se tracta de sa vostra bossa: (digué na Margalida.)

—¡Bona memoria! Ja ho crech; si m'en record d'aquest dia, y m'en recordaré mentres visca. Jo la vaitx haver d'amparar tota, no molt lluny d'aquí... ¡Bona batuda va esser aquella! Va servir de mortalla á n'el pobre Geroni, que sia al cel.

L'anomenar en Geroni tan impensadament va esser com qui tirar una bala á n'els dos novís.

En Tomeu tenia una guinaveta en la má qu'anava á trinxar un rostit de porcella. Estava dret y á punt d'aficar la guinaveta y s'aturá, quedantse pensatiu. Na Margalida s'en temé y per disimular el seu trastorn y els concentrats pensaments del seu marit, digué:

—Tocau: No ensateu aquest pinyol. Parlem d'altres coses més alegres. Tomeu: Talla un tros de rostit per mon pare.

Aquest, mitx sonrient, fé maquinalment lo que li deya

la novia, sense contestarli. Na Margalida y el Sen Miquel, que s'havien temut del trastorn d'en Tomeu, romangueren pensatius; més ningú pus ho repará, y la conversa seguí com si tal cosa; y la alegria del convit no s'alterá, y l'aygua passá, com passa tot lo del mon; y torná á lluhir el sol, y seguiren després del dinar les bromes, y després de les bromes els jochs y els balls de mateixes ab acompanyament de tamborino y xeremies que duraren fins á mitja nit.

Cadascú á la fí, després de donar la enhorabona á n'els ámos y de desitjar á n'els novís els molts anys acostumats de bona vida ab pau y concordia com la de Jusep y Maria, partí cap á ca-seua y tot torná quedar dins la casa pla y igual com si tal cosa.

El Sen Miquel, causa del trastorn dels novís, cuant s'en anava, pensava en sí mateix:

—¡Pobre Geroni! Ja sé fa estona qui era ton company d'aquell vespre de dissort! ¿Seria éll també el teu assassino? Massa m'ho diu el cor. La seua cara ha perduda la color, cuant jo t'he anomenat, y el guinavet que tenia en la má li tremolava... ¡Pobre Geroni!

La novia cuant va romandre tota sola ab en Tomeu se posá consirosa; y el novi que no esperava veurerla tan freda en aquell moment, li preguntá que tenia.

—T'ho diré: (contestá na Margalida.) Entre tú y jo no hi ha d'haver ja desd'ara pa partit; axí com tampoch hem de tenir secrets l'un per l'altre... Voldria demanarte un favor y qu'el me concedisses.

—Parla: (digué en Tomeu.)

—Voldria que tot cuant penses y fasses d'avuy envant m'ho comunicasses sense reserva, á mí que devant Deu y pera sempre som y seré la teua dona.

—T' ho promet: (contestá en Tomeu.) Més tú també m' has d' assegurar que no tendrás res amagat per mí.

—Res hi tendré.

—Si axí ho fas, jo 't correspondré axis com desitjas y la meua confiança en tú no tendrá cap d' allá.

—Si tú posas del tot sa teua confiança demunt mí, jo redoblaré el meu amor, y esper encara que seré ditxosa, ja que fins ara no creya trobar una completa felicitat casantme ab tú.

—¿Y ara porque dius axó? (preguntá alterat en Tomeu.)

—Perque m' havia posada la idea dins el cap de que tú te casavas ab mí mes per lo que tench ó esper á tenir, que per amor.

—No, Margalida. ¡Si tú poguesses lletjir dins el meu cor! Coses veurias que 't provarian lo molt que sempre t' he estimada, maldement que tú no n' hagas fet de mí abans, el cas que 'm merexia.

—¿Y porque dius ara que jo no he fet cas de tú?

—Perque també jo he pres la vereda de que el teu cor no ha sentit may per mí aquella estimació forta que va sentí per un altre.

—¿Y qui es aquest altre? (preguntá sobresaltada la no-via.) ¿De qui sospitas sense motiu? Ja sabs que jo no n' he festetjat d' altre més que tú.

—¡Margalida! Jo t' estim, (contestá s' homo.) Crech que tú també m' estimas. Fassem lo que te vaitx á dir. Posem tots dos un vel fosch demunt la nostra vida de fadrins; y ara, casats, procurem esser dignes l' un del altre d' aquí en devant.

Na Margalida callá. Una llágrima s' atreví á goytar per una de les seues pipelles per veure si era certa la seua feli-

cidat de novia; més ella la esclafá totduna ab la punta del cányom, porque no era ocasió de que llágrimes ni ningú del mon fos testimoni aquell vespre de lo que pensava.

El nom d'en Geroni y l'aygua del cel trastornant á son marit; les alusions á son primer amor y les derreres paraules de son espós, tenian molts de punts de contacte ab la mort del primer y ella ho endevinava ab son instint de dona.

Dins son cor hi havia nada una sospita feya quatre mesos, y aquella nit veyá qu'aquella sospita hi posava rels fondes, y tenia por qu'ab el temps no es convertís ab un batser metsinat que ley destrossás del tot.

¡Pobre Margalida!

P. DE A. PENYA.

(Continuará.)

UNA RESTAURACION

Desde que se inauguró el Museo Arqueológico Luliano, en 3 de Julio de 1881, ha figurado en él la Virgen, pintada sobre tabla, original de Daurer, que antiguamente ocupó el centro del altar mayor en la parroquial de Inca, y en nuestros tiempos yacía arrinconada inconsideradamente en una dependencia de aquella iglesia.

La imagen, cuya tabla mide metros 2'73 X 0'92, es de estatura y formas agigantadas como lo requería la distancia á que debía ser vista; sostiene con el brazo izquierdo el Niño Jesús, enseñándole con la derecha un pájaro de encorvado pico y prolongada cola; mientras el Niño á su vez sostiene con ambas manecitas un filacterio con la inscripción: *Ego sum lux mundi*. Adorna la cabeza de éste un nimbo de oro cruzado rojo, y la de la Madre una diadema real, á más del nimbo. Sus túnicas son de color rojo con arabescos dorados, y el manto de la Virgen azul oscuro degenerado en negro. El fondo las coronas y orlas son de oro.

Al pié de esa figura se ven cuatro escudos repetidos dos á dos, mostrando los del centro las armas de la villa de Inca, y los extremos un arbusto dentro de un roseton de ocho lóbulos.

En caracteres monacales y en una sola línea se lee:
 «Joan✠Daurer: Pintor: mapintada: Lay: MCCCLXXIII»

Á la munificencia del actual Sr. Ecónomo de aquella parroquia y al celo y vigilancia de la Junta de Gobierno de la Arqueológica, se debe que la restauración de esta interesante imágen se haya llevado á cabo con las precauciones y acierto que eran de desear.

El inteligente Sr. Llorens, ha sido el encargado de restaurarla. Es de advertir, como una circunstancia rara en las pinturas existentes en Mallorca, que en la fíbula del manto de la Vírgen, y en su corona, quedaban vestigios de engastes de las piedras con que debieron ser exornadas, en vista de lo cual, la expresada Junta de Gobierno acordó costear la nueva pedrería que ha sido repuesta.

Sobre el fondo inferior jaspeado, se ha continuado la inscripción siguiente: *Restaurada sots direcció de L'Arqueològica Luliana, á costas del Rnd. Ecmo. d'aquesta parroquia, Mossen Guillem Fiol. Any MDCCCLXXXIV.*

Esperamos que no tardará en construirse un marco proporcionado al mérito é importancia de esta pintura, que deberá conservarse en una capilla de la parroquial de Inca.

Por lo demás, faltos de noticias biográficas referentes al pintor Daurer, tan solo añadiremos que, segun cita Furió en su *Diccionario de Profesores de Bellas Artes en Mallorca*, fué obra de este artista el antiguo retablo de San Miguel en la iglesia parroquial de Muro.

Nosotros juzgamos obras suyas una Vírgen, que se conserva en el Santuario del Puig de Pollensa, y otra existente en dicho Museo Arqueológico; ambas de género y factura en extremo semejantes.

¡Cuántas obras dignas de ser restauradas, quedan todavía relegadas al olvido, en nuestra isla!

BARTOLOMÉ FERRÁ Y PERELLÓ.

MICROBIOLOGÍA

La ciencia ha investigado que la causa del cólera-morbo-asiático es un insecto microscópico que ha bautizado con el nombre genérico de *microbio*. La humanidad, agradecida al descubrimiento, caerá en la hoya exclamando como el viejo Simeón:—Gracias, Señor, ya puedo morir tranquilo. Siempre es un consuelo para la familia saber que se nos extenderá la papeleta de defunción en debida forma, y que nuestras vísceras no servirán de pasto al escalpelo, cuando intente explorar lo desconocido.

En los intervalos lúcidos de mi optimismo arrebatado he presentido que se irá mucho más lejos en la investigación científica, y nuestros descendientes podrán obtener, á precios módicos, microbios domesticados que colmarán la felicidad de deudores insolventes, rivales implacables, yernos desavenidos y empleados de escalafón cerrado; la moralidad trascenderá hasta los estados demográfico-sanitarios del Ministerio de la Gobernación y las defunciones por homicidio se trasladarán á la casilla de las enfermedades infecciosas, y tal vez á las comunes; Nerón será considerado como criminal grotesco por no haber descubierto el refinamiento del crimen, y los Borgias envenenadores torpes que no lograron la hipocresía de la virtud; desaparecerán del censo los célibes sin descendientes *suyos*, y del Código Penal algunas

circunstancias agravantes; la imagen de la Muerte, hoy descarnada y de caderas enjutas, dejará caer de su mano la dentada segur, y echará una oronda panza, gran vivero de microbios sin cuento; el quinto Mandamiento se pudrirá en las tablas del Decálogo; se aniquilarán las pulgas y los mosquitos; y la población, podada en cuatro cuartas partes, dejará sobre la faz de la tierra un pueblo de hermanos. ¡Oh Jauja del raciocinio!

Mas no así como así se llegará á tan venturosas edades. Al regresar de la India algún sabio Doctor se le abrirán las puertas de la *Sociedad lactante de bacillus*, donde, en una serie de conferencias, explicará las condiciones anatómicas y sensitivas del microbio colérico. Los químicos aprovecharán después los microbios para fabricar con la maceración de los mismos una pasta que devolverá al pelo su pristino color, hará sacar los terceros dientes, y diluida en agua dará una hermosa tinta muy recomendable para los juzgados de instrucción, las oficinas del Estado y las redacciones de los periódicos políticos.

En las vinajeras de los establecimientos públicos se añadirá un nuevo bote con polvos micróbicos, puestos en moda por la cocina inglesa, que ayudarán la digestión de los gastrónomos, abrirán el apetito á los empleados y se recomendarán por los moralistas en las cenas en compañía. La medicina los empleará como especialísimo emético en los casos en que se nos atragante algún hueso malo de roer.

El aceite de microbio será la última palabra de los inventos, y ostentará la primacía de las panaceas desde su propagación hasta el valle de Josafat. Usado según las prescripciones del prospecto dará elasticidad á las ganzúas, facilitará las operaciones de partos supuestos, corroerá las

rejas, enjendrará la audacia y el cinismo, borrará de la memoria los pactos contraídos, con otros usos no menos provechosos á la humanidad.

La microbiocultura correrá á cargo de los prestidigitadores de encrucijada.

¿Á la salida de misa, en la misma plaza de la iglesia, habéis visto un círculo de obreros y soldados, niñeras y cesantes, muchachos que han suspendido sus juegos, transeuntes que asoman los hocicos por encima del hombro de los circunstantes; allá en segundo término, medio corrido y riendo, algun pintor de género ó escritor de costumbres, y en el centro de la masa que hormiguea, sacando el busto por encima de todas las cabezas, un hombre con trazas de caballero, que se cubre y se descubre, se limpia el sudor, gesticula por diez, se mueve con extrañas contorsiones, habla en alto y enseña un botecito que sostiene únicamente con dos dedos, como significando el deseo que le acosa de soltarlo? Pues he ahí nuestro hombre. Los tiempos habrán cambiado, pero el orador de plazuela será siempre el mismo. Del cajón de microbios sabios sacará el prestidigitador un ejemplar adolescente que colocará sobre la uña del pulgar de la mano izquierda, y después de afocado el diminuto ser por un lente de gran potencia que lo haga perceptible á los circunstantes, el orador explicará á su modo la historia del microbio colérico desde su nacimiento en el Ganges hasta los tiempos presentes. El infeliz microbio escuchará la peroración como el pájaro aposentado en la rama mientras descarga la tempestad, y volverá al cesto.

Microbio número 2:

El prestidigitador.—Saluda á estos señores.

El microbio hará una mueca extraña y se reflejará en

sus ojos un relámpago de indignación que cualquiera, menos el pueblo, traduciría por *¡Válgame Dios, á lo que nos vemos!* El público habrá prorrumpido en la carcajada que tiene para las víctimas indefensas.

El prestidigitador.—¿No sabes tú, *Arimanes*, las obligaciones de todo fiel cristiano?

El nombre de *Arimanes* ha promovido otra risotada pública, unísona y solemne.

El prestidigitador.—Has salido de casa y no te has santiguado. Á ver si te santiguas:

Por la señal
de la canal,
comí tocino
y me hizo mal.

El microbio hace extrañas contorsiones, el público ríe, y el prestidigitador continúa:

si más comiera
más mal me hiciera;
tus, tus,
Amén Jesús.

Las risotadas son estruendosas; la última contracción del microbio ha sido felicísima. El prestidigitador lo vuelve al cesto.

Nuevos microbios aparecen sobre aquella uña y hacen ejercicios tan nuevos y variados como ponerse el gorro del orgullo, arrastrar el carro de la soberbia, tocar los platillos de la avaricia, disparar el cañón de la ira y chupar los jugos gástricos que les arrojan los espectadores en los arranques de su frenético entusiasmo.

Este es justificado frenesí! La razon que triunfó de la fuerza en los circenses juegos desplegará su victorioso estandarte sobre la uña del prestidigitador, árbitro de las impalpables alevosías. El público aplaude, aplaude los ejercicios de los microbios, como antes rió el nombre de *Arimanes*, y la función acaba con una gran danza macabra bailada por todos los artistas de la compañía.

¡Ah! si los microbios supieran la que les espera cuando acabe su reinado, se ensañarían más con la humanidad.

J. L. ESTELRICH.

UN RECUERDO Á MILÁ

Murió Milá; el venerable patriarca de la literatura catalana, el filólogo erudito, el poeta tierno, el profesor inspirado, el amigo de la juventud estudiosa, el hermano de sus amigos, el sábio católico, el corazón caritativo, el espíritu noble... Vestirán luto por pérdida tan sentida, la Universidad, las Academias, las letras de Cataluña, de España, del orbe ilustrado; que á tanta gloria alcanzaba el mérito de nuestro amigo, por más que la rehusara su sincera modestia. No nos cumple trazar su biografía que bien conocida es de los propios y presto lo será por su importancia de los extraños; pero quisiéramos que nuestro gemido de dolor aunque exhalado en esta soledad insular resonara en el ánimo de cuantos aman en el suelo pátrio las letras y las artes para que los dichosos que conocieron al escritor y al hombre publiquen los íntimos elogios que le consagraban, sin temor al exceso de la lisonja, y los que ignoraron cuanto valian su talento y su alma se apresuren á estudiarle, admirarle y amarle. ¡Cuan raros van siendo los ejemplos de tales caracteres en quienes se aunan la dulzura afable, la integridad incorrupta, la delicadeza virginal con la constante laboriosidad y las exquisitas dotes de penetrante intuición, limpio criterio, y solidísima ciencia! No es menester que digamos á los compatricios de Milá cuan cariñoso respeto inspiraban

su cabeza de sábio y su corazón de niño, y cuan dulce simpatía despertaba su trato exento de malevolencia, sóbrio en censurar, pródigo en aplaudir, desconocedor de su propia autoridad y suficiencia. Por imitar estas prendas suyas nos abstenemos de ponerle en parangón no ya con individualidades más ó ménos dignas, sinó con la muchedumbre de talentos literarios que hallaríamos entre los contemporáneos soberbios, descontentadizos, envidiosos ó maldicientes. Una índole privilegiada, una educación y unas costumbres verdaderamente cristianas hicieron de D. Manuel Milá y Fontanals un ejemplar en el hogar doméstico y en el íntimo trato de comprofesores y amigos. Pacífico y humilde jamás empenó reyertas en que sus probadas aptitudes le grangearan triunfos, ni se gozó en vencimientos. Midiendo las inteligencias ajenas por la suya, tenia por iguales á los inferiores, y creia ser comprendido aun por los incapaces. Llenó su asiento en el Claustro de Barcelona como doctor genuinamente académico; usó apenas y con sencillez catalana, la Cruz y la Excelencia que le grangearon más que sus pretensiones sus méritos; obtuvo sufragios políticos para la Senaduría por su personal y reconocida importancia, no por cábalas ajenas á sus desinteresados sentimientos; dispensó protección sin venderla; coadjuvó á toda causa noble y santa, y amando á su familia, haciendo bien á cuantas gentes trataba, tendió á realizar en su vida el mismo ideal de perfección moral cristiana á que aspiró en sus elucubraciones literarias. El nombre de Milá no resonó jamás entre las banderías locales que se combaten aun en las grandes poblaciones, ni en los círculos bulliciosos de la literatura *militante*; gozó el raro prestigio del árbitro superior y sereno á quien someten sus acaloradas contiendas los

apasionados hombres de acción, tributando así homenaje al saber y á la conciencia.

De escesa rigidez podrá acusar á la suya la posteridad comparando el número de las obras que la lega, con los largos años de estudios y meditaciones empleados en disponerlas. En efecto, contra la costumbre moderna, D. Manuel Milá pensaba mucho y escribía poco; no por dificultad de expresión, ni aspereza de estilo, sinó por aquel acrisolamiento con que deseaba purificar sus conceptos un escritor que, como el griego Pericles, pedia al Cielo que no le consintiera idea ni frase inconveniente. Por los escritos de Milá se divisa como por las fotografías microscópicas un horizonte vastísimo de reflexiones y estudios que acumula el autor y reconcentra despues en pocas y al parecer sencillas conclusiones. Tan diligente en inquirir como maduro en afirmar, aunque decide sin vacilación las cuestiones sean estéticas ó históricas, no adolece del tono presuntuoso y dogmático que desluce á muchos críticos de nuestra época. Por este carácter, á no dudarlo, se ha grangeado notable estimación entre los alemanes con cuya parsimonia tiene más analogía que con la petulancia francesa. Con todo son numerosas las obras críticas y filológicas de importancia europea, en las cuales se hace la debida mención y el justo aprecio de los escritos del ilustre profesor. En España ha sido tambien, aunque no tan generalmente estimado en el estrecho círculo de lectores que gustan de semejantes trabajos, puesto que la popularidad suele estar reservada á los amenos. Por eso Milá consiguió difundir más su renombre en Cataluña, merced á su popular *Cansó del Pros Bernat* suficiente para acreditar de *Maestro* en el Gay Saber al que lo fué de tantos, aunque sin ostentar aquel título, y á sus *Observa-*

ciones sobre la poesía popular catalana, feliz ensayo del *Cancionero catalan* que aguardan todavía la poesía y el idioma de los tesoros allegados años ha para tal obra por el infatigable D. Mariano Aguiló gloria de nuestra bibliografía. Pero los trabajos en que deja cimentada para siempre su reputación literaria Milá son su estudio de la lengua y literatura provenzal titulado: *De los Trovadores en España* cuyo análisis acusaría tan escrupulosas investigaciones como certeros juicios y elocuente exposición; y sus obras técnicas: *Principios de teoría estética y literaria* y *Principios de Literatura general y española* en las cuales reúne á las noticias más acendradas sobre poetas y prosistas clásicos, el criterio más elevado y sensato en la apreciación de sus bellezas, y la doctrina estética más sana y provechosa para la dirección de los talentos juveniles. En estas obras y en otras tan preciosas aunque breves cuales su *Arte poética*, su *Retórica* y su *Declamación* deja concentrado un riquísimo repertorio de principios selectos y reglas juiciosas, bastante para justificar la afectuosa admiración de sus afortunados discípulos. De haberlo sido, hasta sus contemporáneos debiéramos envanecernos, porque á todos se extendía la acción bienhechora de aquel inmenso y caritativo talento. Sobrevivirán al filósofo sus doctrinas; y si nuestra época no blasona en balde de conocedora de ingenios las opiniones literarias de Milá propagadas por las generaciones que ha educado formarán la escuela catalana que á despecho de obstáculos y encontradas corrientes ha de brillar con carácter original sano y vigoroso entre las contemporáneas.

Confiados en la justicia que no se niega al mérito ni á la muerte, dejamos á más autorizadas plumas la sabrosa tarea de publicar el análisis y juicio crítico de cada una

de las obras del erudito catedrático. Gozaremos al ver disputarse tal honor los más eminentes escritores nacionales ó extranjeros: pero no consentimos en que se cierre sobre los restos de nuestro amigo la losa sepulcral sin dirigirle nuestro adios lastimero desde las páginas del MUSEO, y elevar á Dios nuestras preces por el alma candorosa y creyente del sábio que acaba de perder nuestra pátria.

JOSÉ LUIS PONS.

TEMPORAL

I

Trista l' auba se desperta:
Demunt la costa deserta
Llansa l' águila son crit;
Y pe 'l vent espellissades
Passan negres nubolades,
Com á robes esquexades
Del vel inmens de la nit.

II

La mar crexent s'avalota,
La negror que l' encapota
Claps de sol fan llambretjar;
Y corrent á la ribera,
Entre espessa polsaguera,
Encrespan la cabellera
Los blanchs cavalls de la mar.

III

Ronca la cova rodona

Fingint á cada cop d' ona
Bramuls de monstre furiós;
Y xucla l' aigua, y la llansa...
Si 'l sol á ferirla alcansa,
Per entre l' escuma, dansa
Un íris meravellós.

IV

Allá hont la mar mes s' arbora,
Entre l' aigua bullidora,
Los monstruosos esculls
Cobrar la vida parexen...
Y guaitan, y desaparexen,
Com los molars que 's dalexen
Entre les ones rauls.

V

La fantástica montanya
Mes alta sembla y extranya
Ab lo front mitx encubert.
La roca inmòvil, aspriva,
'Par que guaiti pensativa,
Com mira lo temps qu' arriba
La gran Esfinx del desert.

VI

Allá baix, dins la calanca
Jau demunt l' arena blanca

Lo llahut del pescador;
 Vola planyent la gavina;
 Y ágil l' águila marina
 Revolta 'l Cap, que s' empina,
 Formidable *Adamastor*. (*)

VII

¡Oh tú, qu' ab art fatigosa
 Cercas la forma grandiosa
 De lo sublim anyorat,
 Vina á veure una vegada
 Nostra ribera esquerpada
 Obra de Deu que inspirada
 Va esculpint la Tempestat.

VIII

Y aquesta es l' hora ¡oh poeta!
 Quant la ventada desfeta
 Vola devant el Senyor,
 Dins la nubolada obscura
 La ribera 's transfigura:
 També la baxa natura
 Té son moment de Thabor!

M. COSTA LLOBERA.

(*) *Adamastor* nom d' un gegant fabulós en qui el gran èpich portugués, Lluís de Camoens, personifica 'l Cap de *les Tormentes* avuy anomenat de *Bona Esperansa*.

EL NIDO

I

Si fuese Campoamor á quien profeso
Devota admiración, ó no creyera
Que vende leche aguada el que le imita,
Haría de ese histórico suceso
Un *pequeño poema* ó poemita
Ó como la alta crítica lo quiera,
Que el nombre, á mi entender, no da ni quita.

II

Eran Roque, Ramon y Margarita
Tres primos que de *Génova* en la aldea
Que un pintoresco valle señorea,
Pasaban el rigor de los estíos,
En esa tierna edad en que alborea
La aurora de los vagos desvaríos;
En que turbando la celeste calma
De la inocencia, oscuros ó risueños,
Empiezan á subir del mar del alma
Como fantasmas de vapor, los sueños;
En que deseos locos, inefables

La comezón del ánimo entretienen,
Y en medio de los juegos, sobrevienen
Accesos de fastidio, inesplicables,
Que apagan bruscamente el alborozo;
En que se aprende lo que no se estudia,
En que el amor su música preludia,
En que se pasa, en fin, de niño á mozo.

III

Ramon, todo viveza, todo fuego,
Flaco, moreno y de ligeras piernas,
Hurtaba alguna vez almendras tiernas
Y recitaba á Iriarte y Samaniego.

Roque, temperamento más pasivo
Y de mayor apego
Al género real y positivo,
No era como Ramon de esos Quijotes
Disipados en sueños y en aromas,
Que en premio suelen recibir azotes,
Y aunque envidiaba sus brillantes dotes,
Era más ducho en números é idiomas.

Y como un cisne esbelta y hechicera,
Margarita, la niña de que os hablo,
Por lo precoz una *Virginia* fuera
Si la hubiera querido un solo *Pablo*.

Mas no era así. Secreta simpatía
Rayana del amor, aunque inocentes
Y puros todavía,
Como un vago crepúsculo, encendía
Las almas de los dos adolescentes.

IV

En la terraza abierta á los olores
 Que el aura bebe en árboles y flores,
 Y á los áureos reflejos
 Con que la noche luminosa baña
 El caserío, el valle, la montaña
 Y el mar que va perdiéndose á lo léjos,
 Júntanse en ancho corro las familias
 Que forman la colonia veraniega,
 Para pasar al fresco las vigiliás;
 Alegre turba de chiquillos juega,
 Y si al jugar á la gallina ciega,
 Coge á Ramon ó á Roque, Margarita,
 Un sentimiento nuevo,
 Á su contacto delicado, agita
 Sordamente la sangre del mancebo...

Y cuando ya acostados,
 Roque y Ramon, de sombra rodeados,
 Visiones y ruidos
 Se apagan en su mente y sus sentidos,
 De sus sentidos y potencias dueño,
 El rostro de su bien, como risueño
 Astro que vaga claridad difunde,
 Es la postrera imagen que se hunde
 En la bruma del sueño.

V

Halló un dia Ramon en el tejado

Un nido de gorriones;
Y como, por su mal, era un dechado
De aquellos expansivos corazones
Que no encuentran sabor á la ventura
Cuando otro sér no la comparte y goza,
Á contar á su primo se apresura
El hallazgo feliz que le alborozaba,
Y le esplica además como se pasa
Por un procedimiento peregrino,
Desde un árbol al techo del vecino
Del techo del vecino al de su casa.

Una comun idea
En el cerebro de Ramon palpita
Y en los ojos de Roque centellea
¿Cual? Regalar el nido á Margarita!

Mas la ofrenda de amor quedó aplazada,
Temiendo que, sin plumas todavía
La desvalida y trémula nidada,
No pudiese vivir aquella cría
De las maternas alas arrancada;
Y entre ambos se convino
Que al llegar, segun cálculo prudente,
La oportuna sazon, á su destino
Llevarian los dos aquel presente.

VI

Entre tanto Ramon que ya se anima
Imaginando la celeste llama
Que animará los ojos de su prima
Al recibir la dádiva preciosa,

Á menudo al tejado se encarama
Con planta sigilosa,
Para atisbar la prole vocinglera,
Pues como si algun chasco presintiera,
No las tiene el rapaz todas consigo,
Temiendo que algun pájaro,... mal digo,
Que la felicidad, tomando el vuelo,
Le deje con un palmo de narices;
Que este es el justo y natural recelo
De todos los que van á ser felices.

VII

¡Ay! Con razon temía.
Considerad, lectores, cual sería
Su pena, su estupor, su aturdimiento,
Cuando, al llegar el día,
La teja levantó con mucho tiento,
Y la encontró de pájaros vacía!
Bajó desatentado el pobre mozo
Haciendo en el tejado tal destrozo,
Que á las lluvias primeras,
Inundóse la casa de goteras.

VIII

¡Inútil precaución, cautela vana!
¿Se los habrán robado? ¿Habrán huido?
¿Con súbito vigor habrán crecido
Sus alas, de la noche á la mañana?
¡Pero el gato quizás!... ¡El gato ha sido!

¡Él es, él es el asesino infame!
¡Y con que vil descaro se relame,
Tras el festin opíparo, sangriento,
Tendido al sol, bajo la verde parra,
Atusándose el pelo, soñoliento,
Con la menuda garra!

Al estallar del rayo de su ira,
Ramon, que era su antiguo camarada,
Un cacharro le tira;
Y por prudencia á un lado se retira,
Creyendo que era broma, aunque pesada.
Mas como viese luego
Que no era la agresión cosa de juego,
Huyó por el mancebo perseguido,
Hasta que, por su bien, tomó el partido
De refugiarse en la mansión que habita,
Á la sombra de plácidos almeces,
Aquel ángel llamado Margarita,
En cuya protección confía el gato
Porque la niña, á veces,
Le obsequia con las sobras de algun plato.

IX

Sacando de una taza pan mojado
Con su dedo menudo y sonrosado,
Daba á unos pajarillos alimento
La niña, en el momento
Que persiguiendo al criminal presunto,
Entró Ramon con ademan airado.
Mas le detuvo al punto

La niña, y exclamó:—¡Mira que nido
De gorriones que Roque me ha traído!
Son muy lindos ¿verdad? ¡Cuanto le quiero!

¡Desdichado Ramon! Desvanecido
Su error, vió con horrible desencanto
Que era su primo el reo verdadero,
Que el nido le robó traidoramente
Para gozar la gloria por entero
De llevar á la hermosa aquel presente.

Sintió preñado el corazón de llanto,
Y se quedó petrificado, mudo,
Con tan glacial y estúpida mirada,
Que contener no pudo
La niña una sonora carcajada,
Sin presumir, al verle en esta guisa,
Que se clavara, cual puñal agudo,
En las entrañas de Ramon, su risa.

X

Se alejó devorando sus agravios
Y sin decir *adios*, porque temía
Que al brotar un acento de sus labios,
Revelase la pena que sentía;
Y en un oscuro matorral en donde
Avergonzado su dolor esconde,
Lloró sin más testigo que los cielos,
El primer desengaño de su vida,
Y por primera vez sintió la herida
Terrible y ponzoñosa de los celos.

XI

Y los que ántes querian tiernamente
Á su graciosa primá, á un tiempo mismo,
Sin que turbara aquel amor naciente
Los lazos fraternales
De su amistad exenta de egoismo,
Entre los dos abriéndose un abismo,
Desde el instante aquel fueron rivales.

XII

¿Qué hizo Ramon después? El pobre mozo
Fué encerrado en oscuro calabozo,
Porque á su padre le contó un vecino
Que había dado á Roque unos cachetes,
Y añadió con horror el campesino
Que como dos villanos mozalvetes,
Rodaron por el polvo del camino.

Pensando el infeliz encarcelado
Que solo le faltaban los grilletes
Para ser un grande hombre desgraciado,
Consideró, de esta verdad en prueba,
Que el nuevo mundo por *Colon* hallado,
De *Américo Vespucio* el nombre lleva;
Y presintió que con diversos nombres,
Mas por igual miseria confundidos,
Lo mismo son los niños y los hombres,
Ya se trate de mundos ya de nidos.

JUAN ALCOVER.

MARINA

Enamorat etern, segueix les Ones,
Lo Vent lleuger: les afalaga y crida,
Mentres remou l' abim de fons sens mida
Pera teixir, ab l' alga, ses corones.

Enllaçades p' el bras les companyones
Arriban als esculls, hont de seguida
Estatje troben, espolsant l' homida
Cabellera qu' el Vent cargola, á estones.

De bades l' amador les va derrera:
De bades te la Terra encativada,
Lo Mar, si entre tots dos mir la vovera

Y de bades també cerc m' estimada,
Si ella fuig de mon cor com l' ona fera,
Si 'm te, l' eyma, y no ho sap, empresonada.

M. S. OLIVER.

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

Nuestro amigo el Sr. D. Felipe Bertrán ilustrado académico y Secretario de la de Buenas Letras de Barcelona, posee una biografía del Bto. Raimundo Lulio parte traducida del toscano y parte compuesta por D. Cristóbal Suarez de Figueroa, publicada en un libro que lleva por título «Plaza universal de todas ciencias y artes», impreso en 1629.

Contiene esta biografía trozos de buena prosa castellana, y entre otras de sus afirmaciones consigna la siguiente:

«Sería acertado que se estableciese la doctrina Luliana en todas Universidades, por ser más perfecta, entera y metódica que la introducida con el título de Platónica y Aristotélica. En esta conformidad afirmaba, sin otros, el doctísimo Fr. Luis de Leon haberse hallado en el mundo solo tres sabios: Adán, Salomón y Raimundo.»

Procuraremos conocer más detenidamente este curioso trabajo para recomendarlo á los de dia en dia más numerosos admiradores de nuestro venerado escritor.